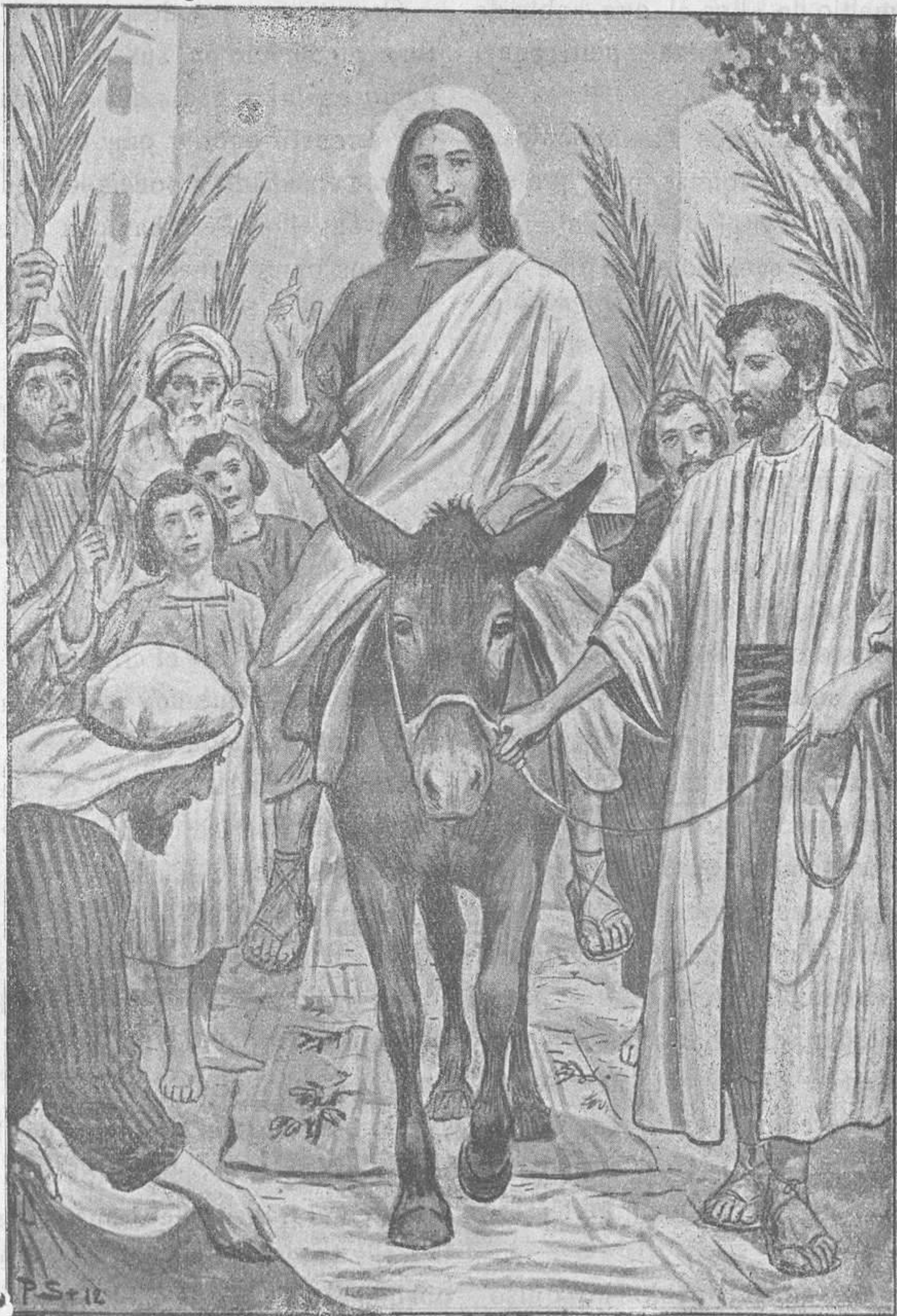


EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 29 DE MARZO DE 1931

NUM. 13



DOMINGO DE RAMOS

DOMINGO DE RAMOS

La entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem, era sin duda uno de los últimos esfuerzos de la bondad del Señor para hacer conocer a aquel pueblo de dura cabeza y de corazón incircuciso, que tenían en medio de ellos al que había de hacer la redención de Israel; pero aquel pueblo no lo conoció.

Era uno de los últimos llamamientos a los anuncios de los profetas, para que conociesen por su rey al que veían entrar con mansedumbre sentado sobre un asno, según la profecía de Zacarías. (Cap. 9, vers. 9):

«He aquí que tu Rey vendrá a tí Justo y Salvador, humilde y cabalgando sobre un asno, así sobre un pollino, hijo de asna»; pero ni a éste ni a otros tantos llamamientos respondieron.

Aquel pueblo había oído a los ángeles aclamar a Cristo como Mesías en Belén y a los Magos a adorarle como a tal; había visto a los espíritus malignos confesarlo mal de su grado, Hijo de Dios; había visto a la misma muerte soltarle la presa, que ya tenía en sus tumbas; había visto al mar calmando sus ondas agitadas a la voz de Jesús, había visto muchedumbres inmensas aclamándole como Rey.

Sólo le faltaban que hasta los mismos niños le diesen su contingente de alabanza, para que se cumpliese lo anunciado por David. (Salmo 8, 2) «De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza»

Sin embargo, aquel pueblo no quiso recibir a Cristo, antes se apoderó de él y le quitó la vida.

LA REDENCION

Hemos llegado en el trascurso del año a la época en que la iglesia cristiana conmemora el gran suceso central en la historia del mundo, la muerte de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Os supongo a todos, amados lectorcitos, conociendo en sus detalles más minuciosos la tragedia del Calvario, y no voy a repetir aquí lo que tantas veces os habrán enseñado y podeis leer en los santos evangelios. Pero hay con este motivo algunos puntos que os conviene meditar.

¿Queréis saber lo efímero de las mundanas glorias? Pues nada para ello tan elocuente como la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalem, y los tormentos, sacrificios y muerte que la siguieron.

¿Buscáis una prueba de lo falible de la justicia humana? Ved para ello la sentencia del Justo.

¿Queréis conocer el criterio de las muchedumbres, a que hoy se halla entregado el Derecho moderno?

Pues recordad al pueblo de Jerusalem pidiendo la libertad de Barrabás y respondiendo en favor de Jesús, con el grito repetido de ¡crucifícale!

Ved en Judas la traición interesada, en Pedro el momentáneo desvío, en Pilato la cobarde autoridad, dejando prevalecer el error y el crimen.

Y si huyendo de los vicios de la flaca naturaleza buscáis ejemplos que imitar, fijaos en el tránsito de Jesucristo sobre la tierra, y tendréis, personificados en él, la obediencia y la mansedumbre, la dulzura y la resignación, la abnegación sublime y la constancia en el padecer en defensa de

la verdad. Seguid sus pasos y sus ejemplos, aunque sea desde muy lejos, que si es verdad que carecéis de la divina esencia del mismo, también lo es que, por muchos y muy grandes que sean vuestros padecimientos, en nada podrán compararse jamás con los que sufrió por salvarnos de la mancha del pecado el Redentor de la Humanidad.

HACERSE HOMBRE

(Conclusión)

—Si quieres aprender a ser un hombre —continuó— tengo que decirte una cosa: «Es preciso fiar en las palabras que dice un hombre». No se te olvide.

Pasó algún tiempo, todos los días aprendía Diego alguna cosa nueva, por último comenzó a pensar que ya debía haber llegado a ser un hombre completo.

—¡Ya, ya! —todavía no— le dijo el labrador.

Y le mandó al bosque a cortar leña. Pero apenas había dado el primer golpe con su hacha en el árbol, cuando algo más lejos oyó un hachazo y otro y otro. Por mucho que miraba no llegaba a ver al leñador, solo seguía oyendo esos misteriosos hachazos.

—Qué miedo me dá—murmuró—y fué a cortar leña a otro sitio.

Pero no adelantó nada con eso, al contrario parecía que oía más hachazos que antes.

Volvió a irse más lejos y nada, todo el bosque parecía lleno del ruido seco de los golpes. Por último Diego gritó con todas sus fuerzas:

—¿Quién está cortando leña?

—¿Quién está cortando leña?—le contestaban de todas partes.

Los pelos se le pusieron de punta.

—Un fantasma—gritó—y tirando el hacha al suelo se marchó corriendo a casa. Tan corriendo iba, que las piedras despedían chispas. Y detrás de sí creyó oír a todo el bosque persiguiéndole; se oían los pasos de grandes y chicos.

—Pies para que os quiero—pensó Diego.

Por fin llegó a casa. Se detuvieron los perseguidores. Terminó el clapoteo. Pero a la puerta estaba el labrador con los brazos cruzados.

—¿Qué tal te ha ido?—preguntó —¿Dónde has dejado el hacha?

—Los fantasmas me perseguían—replicó Diego aterrizado.

—¡Ajajá!—dijo el labrador— cuando uno cumple con su obligación y tiene la conciencia tranquila, no hay motivo para temer a fantasmas ni a nadie en el mundo. Un hombre en vez de huir de un fantasma lo que debe hacer es cogerle de una oreja y traérselo a casa. Pero aun te falta bastante hasta que llegues a ser un hombre.

Y Diego, que quería ser hombre, dió la vuelta y se dirigió otra vez al bosque. Al poco tiempo encontró su hacha. Apenas había dado su primer golpe, cuando volvió a oír los hachazos de marras. Pero ya no les hizo caso.

De repente oyó a manera de un gruñido entre los árboles y una voz de trueno que preguntaba:

—¿Qué haces aquí en mi bosque?

—Corto leña—repuso Diego poniendo

en su voz toda la valentía que podía, aunque por dentro estaba temblando.

—Conque partiendo leña, ¿eh?...—volvió a preguntar la voz, perdiendo algo de su aspereza.

—Sí, señor—respondió el muchacho creciéndose—y quisiera que me dejaran en paz, pues estoy cumpliendo con mi obligación y tengo la conciencia tranquila.

—Con que te empeñas en partir leña—insistió la voz, aun más apacible.

—A no ser que usted quiera partirla en mi lugar,—replicó Diego.

—Quita, quita, a ti no me arrimo, yo veo que eres demasiado valiente—replicó la voz.

Desde entonces todo fué muy bien, tan bien, que a Diego le daban ganas de reír. Entonces fueron apagándose las voces y los golpes misteriosos y Diego creyó ver como una zorrita se deslizaba a lo lejos. Siguió trabajando hasta la noche.

—¡Ajajá!—dijo el labrador al verle llegar por la noche y oír lo que le había ocurrido.—Ya que te sabes arreglar aunque sea con fantasmas. Ya voy creyendo que llegarás a ser hombre.

Así pasaron tres años. Y ya tuvo ganas el muchacho de regresar.

—Vete, vete—dijo el aldeano—conmigo has aprendido cuanto te podía enseñar. Pero no creas por eso que ya eres un hombre hecho y derecho. No hay manera de acabar de aprender en este mundo todo lo que hace falta. Siempre queda algo que aprender por mucho tiempo que se viva.

No se olvidó Diego jamás de su aprendizaje, y al volver a casa fué él quien tra-

bajó para que su madre pudiera descansar.

SECCION RECREATIVA

Enigma bíblico

El todo es el nombre de uno que halló gracia en los ojos de Jehová.

La primera letra es inicial del nombre de un profeta que pidió a un rey le permitiera reedificar a Jerusalem.

La segunda es la inicial de un rey que murió de una caída por no haber consultado a Jehová.

La tercera es inicial de un hombre que pereció en los campos de Moab, él, su mujer y sus hijos.

Charada

PRIMERA repetida
no hay niño ni niña
que no haya tenido
durante su vida.

El que siendo malo
DOS TERCERA PRIMERA
a Dios, tendrá miedo
en su hora postrera,

PRIMA DOS del cuerpo
es miembro de acción,
SEGUNDA es adverbio,
TRES preposición.

El TODO fué el padre
de un gran luchador,
que a los filisteos
causaba terror.

Soluciones al número 8

Al Jeroglífico numérico

Monserrat.

A la Charada

Rebeca.

Al Anagrama

No hurtarás.